

La Nuova Corta



Amigos Viejos

Villaespasa

cts.

El Liberal, el Heraldo de Madrid, el A B C, etc., han publicado la carta que transcribimos a continuación:

Sr. D. JOSÉ DE URQUÍA

Nuestro distinguido amigo: No ignoramos que el éxito de *La Novela Corta*, aún más que al carácter popular de su precio, débese al prestigio literario de que usted ha sabido rodearla. Sin embargo, para que su propósito de cultura no resultara incompleto, estimaríamos conveniente que en el cuadro de sus colaboradores únicos, incorporase usted el nombre desconocido de algún joven luchador de verdadero talento.

¿Por qué no celebra usted un concurso?

Somos de usted buenos amigos que estrechan su mano.

Jacinto Benavente. Joaquín Dicenta. Condesa de Pardo Bazán. Linares Rivas. — Gómez Carrillo. — Cristóbal de Castro. — Pedro de Répide. — José Francés.

La Novela Corta, después de haber rendido un fervoroso homenaje a la pluma esclarecida de los grandes maestros, se complacerá mucho en brindar sus columnas al talento excepcional de algún luchador desconocido, a cuyo efecto, defiriendo al deseo de sus ilustres colaboradores, organizará un CONCURSO, cuyas bases en breve se publicarán.



AMIGAS VIEJAS

NOVELA INÉDITA

POR

Francisco Villaespesa

I

María Antonia, la molinera del Puente, era una mujer alta y esbelta como uno de aquellos álamos que se cañaban en un éxtasis de ensueño, en el fondo azul y plata de los claros remansos del río.

Su belleza y su esbeltez no excluían el vigor y la fortaleza, pues sus puños eran capaces de amasar, sin fatigas, muchas fanegas de pan, sobre la amplia artesa; y sus caderas, anchas y potentes como las de una potranca, que se agitaban rítmicamente, al caminar, bajo las sayas de bayeta amarilla ribeteadas de negro terciopelo, revelaban la sólida y sana contextura montañesa de las mujeres primitivas, to-

Las novelas inéditas que publica esta Revista son bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

das por el fuego del sol y el hielo de las ventiscas y fortificadas por las rudas faenas del trabajo cotidiano.

Se había casado hacía cerca de nueve años, siendo aún muy joven, en la blanca ermita de Nuestra Señora de las Nieves, una dorada y clara mañana de verdimia, olorosa a miel y a mosto y humanizada por los revuelos de las gondrinas y de los torrillos, que en dispersas bandadas emigraban hacia las tierras del Sur, con Juan Lorenzo, un gacelón de cerca de dos metros, de músculos y alientos de leopardo y ojos y alma de niño.

En una cálida noche de trilla, junto a la choza de ramas secas, y al arrimo de las mieses maduras fragantes de sol, de simpatías, con el pretexto de refrescar un poco la garganta con el agua gurguliente del piporro de barro, él le había hablado, trémulo y balbuciente, de aquel su querer apasionado y hondo, pálido de emoción y jadeante de esperanza, mientras sus compañeros de trabajo, entre risas y cantos de mozuetas, aventaban lentamente los últimos montones del trigo de la parva, que a la luz de la luna despedían cráspas fosforescencias de oro etéreo.

Ella, no supo contestarle más que con una sonrisa que puso al descubierto el blancor sano y compacto de sus dientes de lobeza, entre la púrpura encendida y golosa de sus labios llameantes de granada.

Ambos conocían desde muy pequeños que para luchar contra las miserias de la pobreza no existían armas mejores ni más eficaces que la voluntad asidua y el trabajo tenaz.

María Antonia era la hija menor del viejo molinero de las Acacias, y él un peón del cortijo de Grazalema, donde la unión de su padre se ganaba su modesta hatería, ayudando en las faenas agrícolas, y prestando también su concurso a los pastores y zagales en el cuidado de los numerosos baños de cabras que ramoneaban en las jaras y setos del monte, y de las rozagantes piaras de cerdos que, hoci-

queando en los lozadales, buscaban la presa regalada de las víboras, entre las junqueras de los arroyos, o en las húmedas umbrías de las vertientes ásperas de aquellas fragosas montañas que alzaban hasta los claros cielos, más allá de las nubes, sus testas calvas y nevadas de ascetas en éxtasis.

Después de aquel rápido encuentro en la noche de trilla, como obedeciendo a un convenio tácito, volvieron a encontrarse siempre, a las sombras de los olivos polvorientos, en las horas bochornosas de la siega, junto a los surcos removidos y casi humeantes, en los días fecundos de la siembra, y a lo largo de los caminos dorados de hojas secas en las fiestas paganas de las vendimias.

Juntos danzaron, al son de la guitarra, bajo los porches de los cortijos o en los adros de las ermitas en las romerías de la Virgen de Septiembre; y todos los domingos y días de precepto, mirábanse de reojo a la salida de la Iglesia.

Y así pasaron dos años, hasta que una mañana de Septiembre entraron juntos, benditos por Dios, entre una algaraza de chiquillos y un argentino clamor de campanas, por los umbrales de aquel molino que habían tomado en arrendamiento.

¡Dichoso día! La mañana tenía místicas suavidades de vedas de casullas litúrgicas. Una alegría de trinos y de risas de cristal invadía los álamos que sombreaban los cultos dorados por el sol del Otoño; y a lo lejos, en los viñedos cobrizos de las laderas, resonaban, comentados por las flautas y las zampoñas como en una égloga antigua, el fragante epitalamio de las vendimias...

María Antonia no estaba arrepentida de su elección.

Juan Lorenzo seguía la tradición honrada y laboriosa de su vieja familia de labradores, acostumbrados a regar con su sudor los áridos terrones de la gleba.

Nada de francachelas en las tabernas de las aldeas vecinas, ni de escándalos nocturnos en las calles.

Su único descanso eran los brazos fuertes y atérciope-
lados de su mujer, y la única recreación de su espíritu el
ver cómo a fuerza de labor y de constancia, de trabajo in-
teligente, en las alacenas del molino, no faltaba la gracia de
Dios, y aún se guardaban todos los años como reservas
acumuladas para los malos tiempos, algunas peluconas es-
condidas en el fondo de los grandes arcones de roble.

María Antonia empezó por enamorarse de aquel hom-
bretón, alto y fornido, cuyo ancho tórax moreno y velludo,
se delataba a través de la abertura de la camisa de cáñamo,
a los más leves movimientos, y cuyas manos eran capaces
de arrancar de cuajo los árboles de más dura raigambre; y
terminó por dejarse subyugar por el encanto de su voz de
niño, por su manera suave y mansa de decir las cosas, por
su amor al trabajo y por su respeto a los consejos de los
ancianos molineros que casi a diario visitaban a sus hijos
para vigilar y atender la marcha próspera del molino.

Siete años de ventura, transcurridos sin la sombra de
la más ligera nube, sin que nada los apartase del deber, ni
del cariño, contentos al ver que no eran inútiles sus esfuer-

zos, habían hecho de sus vidas un poema fuerte y sano de felicidad inacabable...

¡Y luego, aquel ángel, que le había dado el Señor!

Éra una linda criatura de cerca de cinco años, rubio y fuerte como un recental, vivaz y alegre como un pollo de perdiz, que apenas si alzaba cuatro palmos del suelo, y que era ya el encanto y la alegría de todos. El rapaz se llamaba Juan Vicente.

María Antonia daba gracias a Dios, a todas horas; y desde lo más profundo de su alma bendecía el momento inefable en que sus ojos azules y tímidos de violeta se encontraron por vez primera con las grandes y negras pupilas africanas de Juan Lorenzo.

Lo recordaba todo, entornando los párpados, como para verlo de nuevo en el fondo de su corazón, con una sonrisa de beatitud aleteando entre la púrpura fresca y sana de sus labios.

Primero, el noviazgo, con todos sus encantos, con todas sus divinas expansiones.

Después, las bodas; el temblor de su voz y el rubor de su rostro al pronunciar de rodillas, al pie de los altares, entre el humo fragante del incienso y la epoteosis luminosa de los cirios, las santas palabras del ritual...

Su vergüenza al encontrarse a solas con su hombre, en la cámara enjalbegada del niolino, junto a aquel amplio lecho blanco como el armiño y oloroso a romero y a meliorana...

De un soplo apagó la luz; subióse las manos al pecho, en un movimiento instintivo, como queriendo ocultar y defender sus blancuras invioladas; cerró temblando los ojos y cayó desfallecida en los brazos potentes...

Y luego los terrores y los sobresaltos del primer embarazo; un sudor frío que recorría su espina, helándola hasta en sus raíces más profundas, y aquel dolor vago al princi-

pío y cada vez más intenso, hasta convertirse en un brusco desgarramiento de todo su ser...

En ciertos instantes, un mundo de fantasmagorías poblaba su imaginación exaltada por la fiebre; y entonces, como para desahogar su corazón de esperanzas, se decía a sí misma en un arrullo trémulo de voz:

—¡Será un mocetón como su padre, fuerte y ágil, capaz de ayudarnos a pasar los días amargos de la vejez, o una rapaza alegre y viva, de cabellos de oro y ojos azules que llenará de risas y cantos nuestro humilde nido!

Y así, divagando sobre el porvenir, pasaba horas enteras, mientras sus manos ágiles y finas cosían los pañales y preparaban la canastilla para el que había de llegar.

Y cuando apareció Juan Vicente, su alegría no tuvo límites, viendo cómo en el pequeño se iban abocetando los rasgos firmes y enérgicos del padre.

III

Todas las tardes, mientras en el rescoldo del hogar humeaba la cena, y en la mesa, sobre la blancura deslumbrante de los manteles resplandecían de limpieza la porcelana de los platos y el vidrio de las copas, María Antonia, pelada y ataviada como una novia, iba a sentarse bajo la sombra lujuriente de la parra, a la puerta del molino, en espera de Juan Lorenzo.

Las gallinas picoteaban, escarbando en la tierra removida, los granos dispersos del trigo que al mediodía había sido puesto a secar en la solana

De los árboles frondosos que custodiaban la acequia, caía en el silencio una algazara de pájaros, que agitaban el aire con un cascabeleo de cristal y oro.

En el fondo del río, bajo el arco árabe del Puente, ardía el incendio fabuloso del ocaso; y las ruedas del molino, al girar rápidas y monótonas a impulsos de la corriente espumosa, espolvoreaban la tarde de una frescura reconfortante y alegre.

A lo lejos se oían las risas y las carreras de Juan Vicente, que con otros rapaces se entretenía en perseguir, a manotadas y caperuzazos las sombras ilógicas y disparatadas de los murciélagos.

Con la labor interrumpida sobre la falda, María Antonia, espiaba entre los rumores del crepúsculo—tañer de esquillas, canciones lejanas, voces huecas y súbitos ladridos de perros—; el tintinear claro y sonoro de las campanillas de los mulos de Juan Vicente, que cargados de costales de grano, regresaban, todas las tardes, al molino.

Contemplando la blancura de su casita, el ajuar humilde y limpio, las alacenas repletas, los cobres que fulguraban en la penumbra, todo aquello que era suyo, María Antonia sentía, al lado de su hijo, un bienestar de conciencia satisfecha, un júbilo profundo e íntimo.

Su trabajo casero lucía: veíase siempre el suelo barrido, las sillas ordenadas, las paredes blancas de cal, y todo respiraba limpieza y bienestar.

Además de las atenciones del molino, cuidaba con celo de aquel numeroso ejército de gallinas y de patos, cuyos huevos ella iba a vender todas las mañanas, a grandes voces, por las calles de la villa.

A la vuelta del molino, pared por medio de él, vivía la Joaquina, casada con el Bizco, un borracho impenitente, cuyas pendencias y cuyos escándalos eran la constante comedia de los vecinos.

María Antonia tenía una gran amistad con esa pobre mujer macilenta y dolorosa, que casi a diario recibía sendas palizas de su marido que, además, le imponía el sacrificio de las hambres y de los harapos.

Decía muchas veces, viéndola pasar hacia el río, con grandes momones de ropa sobre la cabeza, envejecida y estúpida por el contagio de las miserias y brutalidades sufridas, con la hijita semi desnuda agarrada a las sayas, andrajosas:

—¡No sé como puedes sufrir tanto, pobrecilla!

La otra no se quejaba; tenía las miserables resignaciones de una perra expulsada, y con un encogimiento de hombros y la voz sumida, contestaba siempre:

—¡Paciencia! Dios lo quiere.

Estaba muy agradecida a María Antonia, porque con bastante frecuencia la libraba de las brutalidades del borracho y de las constantes penurias de la casa.

La mujer de Juan Lorenzo, comparando su suerte con la de su pobre vecina, sentía en la comparación exaltarse en felicidad, bendiciendo la hora en que naciera en su corazón el primer impulso amoroso hacia su marido.

Cuando éste regresaba del trabajo, con el ancho y viejo sombrero echado hacia la nuca y la chaqueta al hombro, de horcajadas sobre los fuertes lomos de la *Generosa*, una mula de piel lustrosa y fina que daba gusto verla, María Antonia se desvivía, apesadumbrada y triste, en referirle todos los sufrimientos de la vecina y la crueldad del Bisco. Juan Lorenzo entonces, encogiéndose egóticamente de hombros, cansado de oírle siempre las mismas quejas, repetía también lo mismo:

—Déjalos a ellos, que ya se arreglarán.

Conocía al Bisco desde la infancia, pudiendo seguir paso a paso su vida y observando su predisposición fatal para la vagancia y para el vicio.

Aquella índole desordenada repugnaba a su conciencia, pues sentía un profundo desprecio por los que no tenían como él la infatigable actividad productiva y la reposada satisfacción de los deberes cumplidos.

En aquella hora los trabajadores recogíanse en grupos, dando las santas noches; una polvareda sofocante se alzaba en los caminos bajo las albarcas de los cavadores y las patas de las caballerías cargadas de hierbas olorosas.

La tarde moría, envolviendo en un oro fulbo las llamaredas del poniente, y por los campos, los grillos y las ranas, las lechuzas y los mochuelos, preludiaban la larga sonata nocturna, mientras enfrente del molino, Juan Vicente y la hija de la Joaquina, descalzos y felices rodaban, abrazados, en sus juegos inocentes, sobre la hierba húmeda que alfombraba de tenues terciopelos la puerta del molino.

IV

—¿Sabes lo que me convenía? —dijo una vez Juan Lorenzo a su mujer.

—¿Qué?

—Arrendar las tierras lindantes con el molino. Esto nos daría más descanso y siempre ganaríamos algo más.

—¡Ya lo creo que nos convenía! Un hombre tan honrado como tú...

—El mayorazgo de «El Limonar» quiere arrendarlas. Fui a hablarle, más ya hay pretendiente. ¿No sabes quién?

—Algún alma más...

—Ni más ni menos que nuestro vecino el Bizco. ¡Tú no sabes lo que me ref cuando el mayordomo me lo contó!...

—¡Un excomulgado que sólo tiene tiempo para armar pependencias a su pobrecita mujer..., el Señor me perdone! ¿Y es él solo quien pretende el arriendo?

—El solo. He quedado en ir esta noche a hablar con el mayorazgo, y creo que se conseguirá la cosa.

—Sería una gran fortuna. Tierras fértiles, y luego cerca de nuestros ojos para vigilarlas. ¡Mas el Bizco!... ¿No oyes?

Estaban en la cocina, Juan Lorenzo limpiando sus calzones de pana para la visita de la noche, mientras María Antonia iba poniendo la mesa... Sintieron pasos bajo la parra del portalón, y una sombra rastrera y rápida, apagó un momento las últimas claridades del crepúsculo. Era el Bizco, que escuchaba a la puerta.

—¡Se habrá visto atrevimiento!—dijo María Antonia toda enfadada, dirigiéndose al que huía. ¡Quién escucha, su mal, oye!

—¡Diga a su marido que ya me las pagará!—gritó una voz sorda y trémula de ira.

—Déjalo—dijo tranquilamente el marido—, está borracho como de costumbre... ¡Pobrecillo!

Cenaron. Juan Lorenzo a la cabecera de la mesa, al lado del hijo, riéndose y celebrando las gracias del rapaz. A sus pies roznaba el gato. Enfrente, María Antonia, migaba el pan en la sopa. Comían bajo la parra.

Por encima, el cielo un poco obscurecido y todo picado de estrellas, tenía un palpar de penumbras profundas, en el que los ojos se perdían en profundas divagaciones.

Un viento fresco, impregnado de henos, agitaba con murmullos suaves las hojas metálicas de la higuera verdcal. Pusieronse a hablar de los higos.

Entonces, Juan Vicente, contó sus esperanzas en la co-

secha que produciría el bancal de la ribera, un palmo de tierra que valía un millón, según él.

—¡Qué hermoso estaba en el tiempo de las habas!—dijo con orgullo María Antonia.

—Lo que necesitamos es una viña—tornó a decir Juan Lorenzo, después de un momento de pausa, mientras sus manos partían el pan en grandes pedazos.

—Nada produce tanto como las viñas. Pensaba arrendar una al señor Mayorazgo.

El entonces empezó a enumerar proyectos de futuras prosperidades: comprarían un carro con una pareja de mulas, tendrían viñas y olivares y una huerta con aguas corrientes y norias rumorosas, en el fondo del valle, con una casita muy blanca bajo las nogueras verdes.

Y para animarse citaba de memoria los casos de fortuna acumulada lentamente por hombres activos y trabajadores: Joaquín el de las Parras, que estaba podrido de rico; el Pandango, a quien su padre conociera cabando a jornal, y el tío Mercedes que había perdido un ojo en la guerra carlista, donde fué de soldado, y que ahora a fuerza de dinero había logrado librar a sus dos hijos de quintas.

No hacía mucho que había visitado la finca del compadre Policarpo.

—¡Mi padrino!—gritó palmoteando Juan Vicente.

—Aquéllo sí que es labor—continuaba Juan Lorenzo—. Aquéllo sí que es sementera—y acumulaba pormenores. Cien fanegas de trigo en los trojes; montones de paja más altos que las torres de la Iglesia; yuntas de bueyes gordos y lozanos...; carretas para la vendimia, la casa llena de arados y el molino sobre las rocas de la ribera... ¡Un encanto! Hace treinta años era solo un gañán de don Francisco de Cobos... y es honrado, honrado como Dios.

—Lo que hace falta es salud. Dios ayuda a quien trabaja—resumió la mujer, y luego entre risas, continuó:

—¡Lo que nos íbamos a reír si me viese convertida en una rica labradora!

—A mí me compraréis un par de zapatos y unas espuelas para montar a caballo—exigió Juan Vicente, mientras comía a dos carrillos.

—La verdad es que no podemos quejarnos.

—Ya lo creo que no—apoyó María Antonia, ¡y deja el tiempo correr!... Este año tenemos ya algunos ahorrillos, el año que viene tendremos más, y así poco a poco podremos reunir para comprar una hacienda.

El se levantó, se echó el sombrero sobre los ojos y la chaqueta por los hombros y se dispuso a partir.

—Voy a ver lo que decide el señor mayorazgo.

—Hasta luego.

Al empezar el camino se volvió un instante y le dijo riendo a su mujer:

—¡Lo que tendría gracia es que el Bizco quisiera armarme pendeñal!

—No te fíes de él, de todo es capaz ese alma ruin que Dios confunda.

Apenas perdiéronse a lo lejos los pasos de su padre, Juan Vicente corrió en busca de su amiguita que tranquilamente, sentada sobre un haz de hierbas secas, junto a una piedra de molino, consumía un pedazo de pan duro.

—Vámonos a coger uvas, en el parral de la cerca, que mi padre ha salido.

Y alegres y risueños los dos rapaces, cogidos de las manos, perdiéronse corriendo entre las sombras de los árboles del camino.

V

En su casaca la Joaquina rote un pedazo de pan negro y seco, traído del horno hasta dos semanas.

No habían podido pagar el anasijo y la hornera se cansó de fiarle.

Al llegar el Bizco, pidióle a grandes gritos la cena, y al encontrarse conque nada había dispuesto, la cubrió de injurias, gritándole con su voz queapestaba a vino:

—¡Grandísima puercal! ¡Grandísima borrachal!

Ella apenas se atrevió a protestar, suspirando:

—¡Hombre, por Dios, que te pueda oír la niña!

Y él, exasperado de su pasividad, cobardemente le dió de bofetadas con su áspera mano innoble de asesino, clamando que estaba harto y que sería capaz de matarla.

La pobrecilla, no hizo ni un gesto para repeler tanta brutalidad. Aquella vida de vileza y de insultos, robóle hasta el refugio de las lágrimas, embotándole poco a poco la razón. Abría los ojos sobre el borracho, en un pasmo trémulo, suspirando, en un hilo tenue de aliento, en un soplo apenas perceptible de dolor:

—¡No me pegues más, por el amor de Dios, no me pegues más!

Todo se resumía para ella en una esclavitud muda de mártir resignada.

No tenía padres y se le habían muerto todos sus parientes. Su hermana había sido asesinada por su amante, en una choza siniestra, al lado del molino. Era la última representante de una raza de sometidos incapaces de resistencia, y no tenía en la vida otro fin más que obedecer a su verdu-

ro y procrear animalmente como las marranas de las pozas...

El insistió en los insultos, con más saña, y ebrio de cólera, ante el silencio de ella, la arrastró de los cabellos, hasta arrojarla, como un despojo inútil, sobre la cantarera. Al estrépito de los cántaros que se rompían, un gato escuálido y negro, como una sombra maligna, huyó espantado, enardecido el flácido lomo de esqueleto y fosforescentes en la sombra las anchas pupilas, diabólicamente dilatadas.

VI

—Vecina—gritó la pobre mujer llegando jadeante al molino donde María Antonia acababa de quitar la mesa.

—¿Qué quiere?

Joaquina continuó en un tono lloroso de plañidera:

—Perdóneme por el amor de Dios; pero no puedo olvidarme de tanto bien como me ha hecho. Aquel hombre es mi desgracia, es mi vergüenza...

—¿Te ha pegado de nuevo?

—¡Como de costumbre! Nuestro Señor nos ayude, más si sólo fuese eso...

—¿Qué más te ocurre?...

—¡Mi hombre no entró en su casa hace poco!

—Entró para escuchar lo que aquí decíamos... Sólo por eso... ¡más quien escucha, su mal oye!... Razón tiene el refrán.

—¡Ay, hijal llegó de aquí como una fiera. Me tiró de los cabellos, rompió los cántaros del agua y azotóme con una cuerda, gritando que yo tenía la culpa de todo, y que habían de saber pronto quién era el Bizco... Perdóneme por el

amor de Dios, tantas mortificaciones... Le oí hablar de que pretendía tomar en arrendamiento las parcelas del señor mayorazgo, y que Juan Lorenzo aspiraba a lo mismo...

—¡No es ningún pecado agenciarse cada cual la vida! Mi marido ha ido a hablar con el hidalgo; que el tuyo vaya también. El señor mayorazgo escogerá a quien le plazca, y nadie tendrá razón para quejarse.

—Todo eso se lo dije, vecina. Vé a hablar. Hablando se entiende la gente; se enfureció más... me pegó de nuevo... Vecina... perdóneme por el amor de Dios; pero yo quiero decirle que... ¡miradme temblar! no pueden sostenerme las piernas...; el Bizeo ha salido con malas intenciones, jurando que se la habían de pagar, que iba a dar fin de Juan Lorenzo... Perdóneme, hija, por el alma de su padre, más él es malo, capaz de todo estando borracho... ¡No deje salir a su marido esta noche, no le deje salir!...

—¡Más si acaba de salir ahora mismo!—exclamó María Antonia, alarmada de súbito; y sin hacer caso de las voces de la vecina, que la seguía implorante, en sus quejumbres plañideras, echóse el mantelo, y a todo correr, tomó la áspera senda, bordeada de zarzales y de saucos, que conduce al villorrio, mientras a lo lejos, en el fondo obscuro de los barrancos, resonaban lúgubrementes los aullidos de los perros que parecían desvariar el silencio nocturno.

VII

Eran más de las nueve de la noche. Los hombres estaban en las eras, fuera del poblado, y aquí y allá, echadas al fresco junto a las puertas entornadas y oscuras, dormitaban algunas sombras. Las penumbras nocturnas, agujereadas de estrellas, proyectaban sobre la paz de la aldea, vagas y fantásticas inquietudes. El campo yacía dormido, y solamente, de vez en cuando, en el silencio absorto de los rastrojos, latía un perro o tintilaba una esquila. La casa del mayorazgo se alzaba en el otro extremo de la villa, aislada de los casales por una frondosa y alta alameda. Alrededor se extendía la huerta, feraz y húmeda, y detrás los naranjales y el olivar interminable y oscuro, como hecho de sombra y de sortilegio.

María Antonia corría desalentada, arrastrada por presentimientos funestos y llena de la idea del peligro que corría un hombre que para ella era su Dios.

Todo dormía ya. La alameda de enfrente, envuelta entre las tinieblas, a la menor bocanada de viento parecía quedarse ruminando alguna cosa terrible, en un secreto entrebortado. Al fondo, con su línea de grandes ventanas, se entreveía la casa del mayorazgo como una inmensa mancha de granito.

En otra ocasión María Antonia no hubiese osado atravesar aquel camino, en aquella hora, pues se decía que erraba por allí el alma en pena del viejo canónigo Morales, muerto en pecado mortal, en acecho de los imprudentes ~~estudiantes~~ que se atrevían a pasar por aquellos somar-

nos, testigos de su crimen. Mucha gente la había ya oído clamar en ruidos gritos, después de haberse apagado en el silencio las flamas empunadas del toque de ánimas, y contábase que un hombre que la había encontrado, hacía años, había perdido el habla de miedo.

A la entrada de la arboleda, María Antonia detúvose a escuchar junto a un tronco. Estallaban las ramas en lo alto con hoscos estremecimientos, como si manos invisibles las quisieran desgajar. Aplicando el oído, sentíase en la huerta el correr del agua en los estanques, como el desangrarse de profundas e interminables heridas abiertas por fino estilete en el corazón de la sombra. Nadie había llegado aún a casa del mayorazgo. María Antonia respiró más tranquila; no había ocurrido nada, y rápida, alzando, en acción de gracias, los ojos al cielo que ruilaba de estrellas, recorrió la alameda y fué a tirar del cordel de la campana del portallón, que turbó con un son vibrante el silencio del edificio. Preguntó por su marido, y diciéndole que aún no había llegado, cerráronle la puerta sin más observaciones. Ella se quedó de súbito muda, reclinada en un poste, sintiendo latir de ansiedad sus venas.

¿Dónde estaba entonces Juan Lorenzo? No era hombre acostumbrado a frecuentar tabernas, ni trabajaba en las eras; ni era cantador noctívago... Era la primera vez que ella ignoraba su paradero; ¿qué hacer?

Entonces, escudriñando con la vista en torno suyo, alzó de pronto un violento escalofrío de los riñones a la nuca; y a fuerza de inquirir en la sombra las imágenes, se falsearon dislocándose ante su vista desvariada... Parecía que los troncos iban y venían, arrastrando caudas de follajes, como espectros evocados de una tumba... Ondulaban sin cesar esos bandos de formas extrañas como aquejarres espectrales, y el rumor del agua era el de una conspiración sinistra cuchilleando enaguas.

María Antonia sentía estallarle el corazón en el pecho, y un zumbido pérfido y sordo como un moscardón aturdió sus oídos. Y llena de un miedo álgido, mirando despavorida a todos lados como si legiones de genios malos la siguiesen, recorrió la alameda arrimada a los troncos y cosida a la sombra. A medio camino detúvose. Había visto moverse un cuerpo en la otra banda. Escondióse detrás de un tronco, con los ojos fijos en el punto en que la forma humana bufla. Juzgó un instante haberse engañado. Mas el bulto volvió a aparecer, cortando trasversalmente el camino. Rápidamente pasó ante sus ojos medio rasgados por el pavor...

Vió a un hombre en mangas de camisa, que, con el sombrero echado sobre los ojos, caminaba a grandes saltos, tambaleándose... Debía ser un borracho, pues hablaba solo con palabras entrecortadas y torvas:

—Todo se paga en este mundo... ¡Adelante!...

A lo lejos, se detuvo un instante canturreando fanfarronamente, como a guisa de reto:

Nadie me tosa en el mundo,
ni me levante la voz;
yo soy más duro que el bronce,
y más valiente que Dios.

VIII

La ronca estridencia de aquella voz, brutalmente agresiva, hizo desfallecer a **María Antonia**, como si de repente, se le hubiese helado la sangre en las venas. Para no desplomarse tuvo que agarrarse, a tientas, a las ramas de un sauce que crugieron al esfuerzo desesperado de sus manos.

La sombra tambaleante del borracho, se perdió allá, a lo lejos, entre las alamedas de un recodo del camino... Entonces la pobre mujer, crugiendo toda de terror, decidióse a salir de su escondrijo.

Apresuró el paso. Era tarde, y tal vez Juan Lorenzo estaría ya en casa:

—¡Oh, si estuviese ya allí, Dios mío!

Esta esperanza disolvióle un poco sus terrores, y mentalmente ofreció una misa a Nuestra Señora de las Nieves si nada hubiese ocurrido; y prosiguió con más ahinco su camino, como si aquel santo ofrecimiento hecho con todo su corazón y con toda su alma a la milagrosa patrona de Serranía, la hubiese tranquilizado, serenando todos los tumultos de sus pensamientos.

La avenida se ensanchaba, a medida que se acercaba al pueblo. A lo lejos, rastreando por los muros de las primeras casas, volvió a surgir la sombra rastrera y fétida; y ella, al contemplarla de nuevo, tornó a quedarse muda, estremecida no sé por qué extraños presentimientos. Sobre una piedra del camino blanqueaba, a la claridad de las estrellas, un pañuelo abandonado.

María Antonia se inclinó a recogerlo, y entonces una cosadura cayó de él, levantando en las piedras asperezas de sonos metálicos.

Era una navaja llena de sangre. Perdió completamente la cabeza, y con el corazón desbordante, como un cáliz de agonías, y la imaginación henchida de lúgubres presentimientos, púsose a correr sin destino fijo, por las calles de la villa, clamando en altos gritos contra el Bizco, contra Dios y contra su propia desgracia.

En el silencio del pueblo adormecido, su voz resonaba con sonoridades de una vieja campana cascada llamando a rebato.

Algunos ilgos abríronse, y por sus huecos apare-

cieron algunas siluetas cabecantes y ávidas, tendidas a escuchar. Después, un rumor confuso y cada vez más creciente, de pasos atropellados, resonó en el empedrado de las calles; y trémulos bultos precipitáronse, como sombras persiguiendo a otra sombra, tras de María Antonia.

Ella contaba a quien veía que su hombre había muerto, que sus hijos estaban sin padre y que había sido el Bizco el autor de su desgracia.

Comenzaba treinta veces la misma narración, con voz velada por los lloros y estrangulada por los sollozos.

Algunas mujeres atemorizadas, con el pañuelo por la cabeza y en grandes gestos de abatimiento, seguían a María Antonia, coreando sus lamentaciones. En breve toda la tierra estaba alborotada, y cuando la pobre mujer llegó a la solana del molino, la gente se agrupaba en torno a la puerta.

La casa estaba vacía, y en ella recomenzaron los gritos y las lamentaciones.

Abriéndose paso entre todos, con el sombrero terciado y empujando su vara de almendro, con puño y borlones de plata, llegó el señor Alcalde, a ver lo que pasaba, atraído por aquel tumulto de gritos, por aquel escándalo de llantos e imprecaciones.

—¿Qué pasa aquí?— exclamó, ahuecando ceremoniosamente su voz cascada de asmático, y contentiendo con un ademán autoritario a uno de los grupos de rezagados.

Todos le rodearon, queriendo contarle, haciendo fuegos pirotécnicos de imaginación, y en una marea confusa de voces y de gestos, cómo había sucedido el suceso que todos lamentaban:

—Fué así...

—La cosa comenzó...

—No; que fué de otra manera.

El señor Alcalde, alzando en un gesto solemne su vara, impuso silencio a la muchedumbre, y después de una pausa

de asma y de tos, exclamó sentenciosamente, limpiándose con un pañuelo el sudor que le bañaba la frente:

—Mas el caso de haber encontrado una navaja llena de sangre no prueba que Juan Lorenzo haya muerto.

Y su voz autoritaria se impuso a todos.

—¡Es verdad!

—¡Es verdad!

—¡Quizás Juan Lorenzo esté en las eras!

—De allá vengo yo ahora, y no le he encontrado—prorrumpió un zagalón, apoyándose para hablar en la rústica pala de aventar.

Un anciano objetó:

—Se le debe ir a buscar en la alameda y en los melonares de la huerta del mayorazgo.

Varios trabajadores salieron a escudriñar las alamedas.

María Antonia quiso también ir, pero las mujeres la detuvieron. Y sentadas todas en la puerta de la casa yacían silenciosas y curvadas como si un viento de desolación las abatiese. En el silencio lúgubre, los sollozos de María Antonia sonaban de vez en cuando como un estribillo de amargura.

En un rincón, las gentes comentaban las hazas recientes del Bizco, y todos convenían en que hacía ya mucho tiempo que debía estar ahorcado.

Algunos tenían palabras de condolencia para la Joaquina, física de tantas palizas como le administraba el borracho.

De pronto, en lo alto de la cuesta, entre los vallados y matorrales de los ribazos, descendió, como un gruñido de jabalí acosado por la tralla, la voz vinosa y fanfarrona del borracho, que enfáticamente canturreaba:

«Nada me preocupa el mundo,
ni los cambios de la vida,
y sé que me va a ir como el bronco,
y más valiente que Dios...»

IX

Casi al mismo tiempo resonaron gritos y carreras en el camino, y por la puerta del molino cuatro mozos de labranza entraron, llevando extendido sobre unas parihuelas el cuerpo sanguinante de Juan Lorenzo. Todos se alzaron, en un rumor indescriptible de llantos y de increpaciones. Las mujeres, ocultándose el rostro con las manos, para no ver el cadáver, huyeron aterrorizadas a esconderse bajo el emparrado del porche.

Tendieron las parihuelas en un rincón, y algunas manos piadosas las rodearon de velones encendidos, cuyos mecheros humosos, proyectaron una luz de pesadilla sobre la escena, agrandando en la pared la sombra del cadáver y las siluetas del acompañamiento.

María Antonia sola, resistiendo valerosamente a todos los empujones que le daban para apartarla de allí, permaneció al lado del cadáver. Abrazóse al cuello del muerto, cubriéndole de besos la cara y los labios entreabiertos, por cuyas comisuras corría un hilo viscoso de sangre. Una enorme pasión reventaba en ella; al inclinarse, desgredada y lívida, desbordantes de llanto los ojos, sobre aquel cuerpo que se helaba poco a poco, adquiriendo un siniestro dibujo anguloso y lívido.

Fuera, el Alcalde y los guardas de campo habían apresado al Bizco.

Todas las voces clamaban rudamente:

—¡Ya está preso! ¡ya está preso!

La Joaquina, con los cabellos sueltos, humillábase en el

polvo, pidiendo clemencia con voz sorda y baja, en la que había un fondo de miseria y de dolor. Los puños salían de las mangas andrajosas del corpiño con tísicas amarilleces de pergamino... y por más esfuerzos que hicieron no lograban arrancarla de las rodillas del Bizco. Los malos tratos, las bestialidades y las hambres con que aquel hombre la atormentara implacablemente, con una ferocidad morbosa de degenerado, desde el mismo día del casamiento, habían arraigado en su corazón una ciega obediencia, una necesidad fatal de aquel imperio, de aquel dominio brutalmente agresivo y canalla... Así y todo le amaba, por ser el padre de su hijita, por haber partido con ella su catre y haberle dado ese primer beso, que es como la anunciación de la maternidad en la carne de la mujer virgen.

Al día siguiente entierre

Era una de esas horas ardientes y fatigosas de estío en que en los troncos rugosos de los olivos y entre las anchas hojas tostadas y polvorientas de las higueras se extendían de modorra, en un canto sudoroso y monótono; las cigarras y las palomas torcaces, descendían, en lentas bandadas, para apagar su sed, sobre las últimas pozas verdinegras de los arroyos.

Las campanas, cascadas de vejez, empezaron a doblar en bruscos y fatigosos estremecimientos de metales herrumbrosos, en un rechinar angustioso y pesado de cadenas que se rompen, derramando sobre la caligie estival, sobre el vaho bochornoso y asfixiante de la hora, su frialdad pegajosa de muerte, sus desfallecimientos sonoros y gangosos de agonía.

El entierro salía, bajo el emparrado del molino, en un desfile lento de dolorosos plañidos.

Delante iba el sacristán con la cruz parroquial en alto.

A su lado, un monago, agitaba rítmicamente la campanilla, orgulloso de sus ropajes de escarlata y de los encajes de su roquete, travieso y activo, mirando de reojo a sus compañeros de juegos, que medrosos y encogidos, pegados a las faldas de sus madres, contemplaban con ojos curiosos, desde lo alto de la solana del molino, aquel lento desfile de muerte.

Detrás seguían dos filas de hombres del campo, con sus oscuros trajes de domingo, llevando con aire grave y cam-

sado, grandes hachones de cera, en sus manos oscuras y ásperas como raíces.

Algunos, los que habían sido amigos y compañeros de rondas de Juan Lorenzo, caminaban con los ojos rojos, ocultando la cara, como avergonzados de que les vieran llorar las mujeres, que pálidas y lacrimosas se asomaban a las puertas y a las esquinas, o seguían el cortejo, llevando de las manos a sus hijos andrajosos y descalzos.

La caja era de tablas de pino, forrada de tela negra, con ribetes de galón dorado. Sobre ella descansaba Juan Lorenzo, vestido de fiesta con su faja roja, con enormes zapatos de becerro, y los dos puños unidos por una tira de cinta negra para sujetar las manos cruzadas en el pecho, en la actitud de la última imploración.

Lo llevaban en hombros cuatro amigos; y un muchacho conducía el banco de pino que había de servir para los reposos.

La comitiva siguió lenta y grave hasta el cementerio que se alzaba blanco de cal y negro de cruces en lo alto de una colina. A la entrada, se detuvo. El féretro, a un gesto del párroco, fué colocado sobre el pequeño banco de pino. Una vida fecundante de átomos impalpables vibraba en la luz. El ensierro se había detenido, y todos se volvían para ver al párroco esparcir el agua bendita sobre el cuerpo de Juan Lorenzo.

Todos murmuraban lagrimeando:

—¡Que el Señor le ampare!

Y enumeraban sus virtudes, su buen genio, su economía y su templanza.

—¡A los buenos se los lleva Dios pronto porque son del cielo! —roznó una vieja.

De pronto dejóse oír la voz del párroco imperiosa y llena de sabiduría, rumiando latines, y se hizo un silencio plácido.

Todos se arrodillaron, pues nadie en aquella villa acostumbraba a oír el latín de otra manera. La recitación grave, y en una lengua extraña, daba a los espíritus sencillos la profunda emoción de un fin próximo, y el recuerdo de almas que parten para las regiones serenas de la bienaventuranza con sus túnicas azules y su par de alas blancas, abiertas para el vuelo supremo.

El párroco iba diciendo:

— ¡Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison! Pater noster...

Y las voces rezaban bajo, en un coro murmurador, que iba alternativamente agonizando y subiendo, hasta perderse con la última aspersion del agua bendita.

Nadie se atrevía a respirar, contemplando aquel cadáver en esa rígida tirantez que precede a la putrefacción. Corriale por las ventanas de la nariz un hilo de sangre negra que las moscas bebían zumbando, y por entre los dientes, a espacios, en la boca que se abriera en las últimas convulsiones de la agonía, gotas de gas podrido hacían crepitar pequeños glóbulos, como pompas de jabón, de la íntima fermentación que lo devoraba.

Los amigos de otros días se adelantaban para limpiar con sus pañuelos piadosamente la cara y los labios de Juan Lorenzo.

— ¡Bendito sea Dios! — decían despavoridos por el hervor de la corrupción cadavérica que la torridez del sol activaba prodigiosamente.

El cementerio quedaba en la cima de una colina, ceñido de muros blancos, con una cruz de hierro en la fachada. Desde él se contemplaba un hermoso y extenso panorama: olivares, huertos floridos, rastrojos amarillentos, cañadas cubiertas de árboles frutales, y por último, allá a lo lejos, cortando el horizonte, la montaña enorme, atravesada por cien arroyuelos, con manchas verdes de nogueras y de en-

cinas. Más a la izquierda, ondulaba, en un mar de verde vivo, casi sin gradaciones, la región lujuriente de las viñas. Higueras gigantes abrían hasta el suelo quitasoles metálicos de largas hojas, sobre las que revolaban los gorriones. Aquí y allá, las huertas abrían en la gran sinfonía cromática, una cadencia graciosa de tonos de bronce.

En los regatos, a la sombra de los cañaverales, las lavanderas lavaban sus ropas cantando. El hilo del agua era tan tenue como un soplo de vida, y serpenteando por debajo del arco del puente, donde se alzaba un grupo de eucaliptos nuevos, iba a expirar, lentamente, en la arena de la rambla, bajo las rasces sedientas de los juncos amarillentos.

En la cumbre rocosa de la colina, donde se alzaba el Campo Santo, en un trémulo muelleón obscuro, hormigueaba el enjambre, arremolinándose bajo la media naranja de la puerta.

Penetraba el féretro, donde en hombros de cuatro camaradas, el cuerpo inerte de Juan Lorenzo, con las manos en cruz sobre el pecho, oscilaba trágicamente, al ir a encerrarse entre los muros blancos de su eterno reposo.

La cruz parroquial relampagueaba igneas fulguraciones de oro en la gloria del sol, y los ropajes flotantes de los monaguillos encendían vivas llamas de púrpura sobre la fúnebre negrura del cortejo.

La campana de misericordia lanzaba, fatigada y lenta, el último doble de finados, y sus notas graves y tristes rebotando de quebrada en quebrada, de barranquera en barranquera, de valle en valle, se amortiguaban en la distancia, en un quejumbre monótono y plañidero de broces rotos y mohosos.

En la caligie asfixiante de la hora se respiraba a veces como un hervor de pudredumbre, como el hálito abrasador pesilente de un horno crematorio.

XII

Por la cima polvorosa, de un gris livido de osamentas calcinadas, de la carretera, que se pierde entre el bronce leproso de los viñedos y el verdor enfermo de los olivares, camina lentamente el Bizco, custodiado por una pareja de guardias civiles.

Las cubiertas blancas de los tricornos aletean suavemente, en la serenidad de la brisa, como revuelos de palomas, y el acero de los fusiles rasga el aire con espejeantes cabrilleos.

El asesino conversa, indiferente, con sus guardianes, con sonrisa pícaraz, que deja al descubierto la brutalidad primitiva de su alma entre el avance carnívoro de sus encías. En el encogimiento titilante de sus pupilas aceradas, que se emboscan a la sombra negra y profunda de sus cejas cerdosas, hay algo cruel y duro de ave de presa o de fiera en acecho.

Camina con la frente alta, mostrando con cínico orgullo sus muñecas esposadas.

Al pasar, desde las puertas de los cortijos, brazos alardados de mujeres, le maldicen; y durante largo trecho le peralguen los aullidos de los perros y los denuestos de los rapaces.

Mientras tanto, bajo los arcos de la corraliza del molino, sobre un monte de bálago y de hierbas olorosas, cansadas de corretear por las alamedas que ensombren los cubos, dormían tranquilamente, fundidos en un estrecho abrazo, el hijo del muerto y la hija del asesino.

La rubia y enmarañada cabecita de la niña, reposaba dulcemente sobre el hombro moreno y firme de Juan Vicente, y sobre sus labios en flor, abiertos en la más inocente de las sonrisas, parecían aletear yo no sé qué divinas, remotas e inefables saudades del Paraíso.

Habían huído aquella mañana del tumulto ensordecedor de sus casas, escapándose llorosos de los brazos de su madre que les apretujaban hasta hacerles daño... Y juntos vagaron por las cercanías, ocultándose de la gente, refugiándose en lo más espeso de la arboleda, para cazar mariposas o atrapar zarzamoras.

Fatigados, al fin, se entraron en la corraliza, y sobre aquel lecho de bálago recién segado, les sorprendió aun el sueño, con algún puñado de moras en las manos y algunas flores silvestres en los cabellos.

Algunas veces despertáronse sobresaltados a los aullidos de dolor y de llanto que llegaban del molino, y casi a un tiempo alzaron sus cabecitas amodorradas.

—¿Qué es eso?—suspiraba la niña, refregándose perezosamente los ojos con sus manitas enrojecidas por las moras.

—¿No oyes, como lloran?—clamaban, después de un instante, queriendo despertar a Juan Vicente.

—¡No es nada, tontuela!—refunfuñaba éste, medio adormilado...

Y los dos, cabeceando, volvían a abrazarse, hasta quedar dormidos de nuevo, mientras que a lo lejos resonaban cada vez más intermitentes y apagados los gritos de angustia, y en la ribera del río se desggranaba, dispersa en los mil ruidos del agua, el canto de las lavanderas...

XIV

—Juan Vicente!—gritó, enronquecida de dolor, María Antonia, desde el umbral de aquel molino, ayer tan alegre y amplio para su alma y ahora más triste y estrecho que una tumba.

—¡Mi hijo!... ¿Dónde está mi hijo?—Y sin hacer caso de las mujeres, que arrodilladas, en un rincón de la cocina, rezaban el rosario, se encaminó al corralizo con los ojos rojos e hinchados de llorar, y su rostro desencajado y lívido como el de un agonizante.

Y allí, bajo los arcos, sobre el lecho de bálago y de hierbas olorosas, se encontró dormidos a los dos niños, acurrucados en un abrazo como dos pajaritos.

Más no estaban solos; no. También a su lado, semi-oculta en la penumbra de los arcos, una forma humana, arrodillada, los contemplaba, inmóvil, sin atreverse a respirar, como si temiera despertarlos...

Aquella forma dolorosa y deshecha en llanto era la Joaquina.

Las dos mujeres se miraron; primero fieramente, agresivamente, como si quisieran trocar sus ojos en puñales para saciar sus odios. Después sus miradas se fueron enterneciendo, aterciopelando, hasta acabar fundidas en una desbordante lágrima de piedad y de carifio...

Se tendieron los brazos, y mezclando hasta lo más profundo de sus pobres almas, sus lágrimas y sus penas, murmuraron en voz muy baja, como en un suspiro que quisiera ser al mismo tiempo una oración:

—¡Dejemos dormir tranquilos a esos angeles!...

Francisco Villaverde

PARA AUMENTAR DE PESO
tonificarse nervios y músculos y adquirir buen apetito, tome el

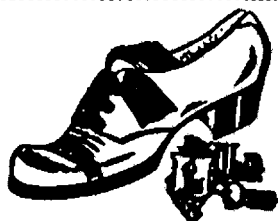
: HIPODERMOL :

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.- MADRID



GRANDES FABRICAS DE

Chocolates y Mantecadas en ASTORGA de DELFIN RUBIO

Exportación a todas las provincias. Tareas de encargo.

MANTEQUERÍAS LEONESAS

Fábricas modelo: VILLAJER. (León.)

Depósito general: Nicolás María Rivero, núm. 8 y 10. - Madrid

Comestibles y fiambres.

Fábrica de corbatus

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía.

Precio fijo.

VIENA REPOSTERIA CAPELLANES

Exquisitas mantecadas; pan de gluten para diabéticos; jamón en dulce elaborado por procedimiento nuevo y exclusivo. — Cada 100 pesetas de compra en repostería, regalo de una cartilla de 5 pesetas de la Caja de Ahorros Postal. Pasteles, dulces, pastas y postres.

Mendizábal, 34.- Arenal, 30.- Preciados, 19.- Martín de los Ríos, 33 y 35.- Marqués de Urquijo, 19 San Bernardo, 88.- Alarcón, 11.- Génova, 25. Teléfonos: 1953-1937-1957-1905 y 1868.

Señoras Con el uso de la **Crema La Flor de Oro**, se tiene siempre la cabeza sana y el cabello hermoso, abundante y negro.
Se vende en las perfumerías y droguerías.

La Novela TEATRAL

Publicará MAÑANA DOMINGO, el drama en tres actos y un prólogo.

SOBREVIVIRSE DICENTA

10 céntimos

